

## Capítulo 1

---

—Los Brancaccio-Vallefreddas pagan porque les toquen el piano y les canten; no son artistas.

—Papá, me gusta el sonido, por favor, sólo para mí, para mi satisfacción.

—Te pagaré un buen colegio en Inglaterra. Inglés con acento de Inglaterra es lo mejor para ti, para tu lugar en la sociedad. Eres tan joven, tesoro, pero seguramente debes saber que el mundo está cambiando. Quién sabe lo que depara el futuro. Ve a los conciertos que te gusten, pero aprende inglés.

Pero no fue a un buen colegio inglés porque llegó la guerra y su casa fue destruida, así como las fábricas y viñedos que habían enriquecido a su familia. Sin embargo, fue más importante que su padre se marchara, desapareciera, y que Ludovico hubiese muerto. Podía ver su sangre en la plaza cada vez que estaba en la ciudad. Nadie más podía verla; tal vez veían la sangre de sus propios muertos.

Ella no podía ir a Italia.

Sophie Winter estaba ante la ventana del dormitorio de su apartamento mirando la famosa silueta de Edimburgo, pero no veía la fachada lavada por la lluvia del antiguo edificio de enfrente, o los tejados de la histórica Ciudad Nueva en una distancia gris azulosa, pues por sus pálidas mejillas caían lágrimas, y su mente estaba tan llena de colores intensos que incluso su recuerdo la hacía parpadear. Podía

sentir el calor del sol del verano italiano sobre su espalda que se arqueaba con su abrazo, ah, tan fuerte, tan caliente. Sophie suspiró y se rindió ante sus recuerdos.

Tenía dieciséis años y acababa de terminar su primer año en la escuela de señoritas Queen Margaret. Sentía que ya no era una niña. Cuando hubiera aprobado sus exámenes podría entregarse a los placeres de Italia: la bella Toscana, su lugar favorito en todo el mundo. En octubre estaría en el penúltimo año de secundaria, ya madura y seria, y lista para decidir sobre la forma que daría al resto de su vida. Hasta entonces, sin embargo, los meses de verano se extendían incitantes ante ella. Sería un verano trascendental. ¿Cómo podría no serlo? Sería el verano que iba a marcar la transición entre la muchacha que había sido y la mujer madura y sofisticada en que se convertiría. Iba a ser la despedida definitiva de la infancia.

Cada verano desde hacía ya muchos años, cuando su padre había sido destinado a trabajar como contable del gobierno en la base naval de La Spezia, sus familia alquilaba una casa en la parte alta de las colinas que rodeaban la ciudad, y hoy había ido en bicicleta hasta la playa en Lerici; estaba acalorada, llena de polvo y transpirada, y lo único con que soñaba era una limonada helada en un vaso grande y empañado. Pero en vez de encontrar una mesa en la sombra se quedó paralizada, pues allí, sentado sobre el muro, había una aparición. Era alto, delgado y llevaba pantalones de deporte de un blanco prístino, y camisa azul. Estaba bastante quieto, observando la flotilla de barcos que descansaban tranquilos en las aguas protectoras de la bahía. Primero percibió su cara, pues era hermosa, y después sus manos, y mientras las miraba la atravesó un escalofrío que no entendió. Parecía, pensó, una de aquellas estatuas que rodeaban la plaza de Florencia, excepto que llevaba más ropa puesta, y su cabello era más largo, ya que le pasaba el cuello de la camisa. Un ángel, eso era; en todos los cuadros los ángeles tienen el pelo largo.

Se rió cuando se dio cuenta de que la figura la observaba, lo cual demostró que no era ni una estatua ni un ángel, sino un hombre, y ella era lo suficientemente mujer como para no ofenderse o acobardarse, avergonzada como una niña.

—Lo sé —dijo ella, interpretando que se reía de su aspecto sucio y acalorado—. Es por vanidad. ¿Puedes creer que he llegado en bicicleta, por el camino, hasta aquí? —Hizo un gesto señalando las coli-

nas con sus brazos, que estaban pálidos y todavía rellenitos por la gordura de la infancia.

—¿Vanidad, signorina? —preguntó, mientras miraba con sus ojos negros esa cara sucia con una leve sonrisa limpia de maldad.

—He tenido un año espantoso de pesada comida escocesa y estudios. Los exámenes te hacen engordar. —Obedeció el breve gesto de su mano y se sentó en el muro junto a él, aunque en su cabeza la voz de su padre comenzaba a reprenderla. No iba a ser la primera vez que ignorara esa voz preocupada—. He decidido adelgazar este verano en Toscana yendo en bicicleta a todas partes.

—Felicito tu dedicación —dijo él e hizo un gesto hacia un camarero que rondaba—. ¿Una limonada, signorina, o algún helado maravilloso?

Ella estaba furiosa; él pensaba que era una niña pequeña.

—No soy una niña, signore, y puedo comprar mi propia limonada, o incluso cerveza si quisiera —terminó bravucona.

Él inclinó la cabeza, el cabello le cayó sobre la cara y despertó un fugaz recuerdo.

—*Mi dispiace signorina*. Esperaba que me acompañara con un helado, pero permítame invitarla a un refresco.

Por un momento se quedó sin respuesta mientras su cerebro intentaba encontrar el recuerdo que vagaba lejos de su alcance. No había manera.

—Realmente no suelo hacer esto —dijo unos minutos después mientras se sentaba con su limonada fría y, horrorizada, vio cómo sus polvorientos pantalones cortos habían manchado con polvo rojo los immaculados pantalones de él. Rogó para que no lo advirtiera—. No es correcto, sabes, aceptar la hospitalidad de un extraño. Mis padres siempre nos están advirtiéndolo a mi hermana Ann y a mí.

—Pero ahora ya no seremos extraños. —Le dio la mano—. Soy Raffaele. ¿Tú?

—Sophie.

—Sophie. ¿Cómo estás?

Le levantó su mano y la acercó, polvorienta como estaba, a sus labios. Sus hermosos ojos, que no eran negros como los de los italianos, sino del azul profundo de las aguas lejanas de la bahía, le sonrieron por encima de su mano y, aunque no lo supo de inmediato, se había enamorado por primera vez.

Era fácil hablar con él y se sentía completamente cómoda. Pasó el tiempo pero, por fin, escuchando su voz con un pequeño acento y mirando los gestos de sus hermosas manos, comprendió que lo correcto era rechazar un segundo refresco. Y se levantó disponiéndose a marcharse.

Sus padres se pusieron tremendamente furiosos cuando más tarde les confesó que un extraño había puesto su polvorienta bicicleta en el asiento de atrás de su elegante coche deportivo y la había traído hasta casa.

—No estoy segura, pero creo que debía de haber sido un Ferrari, uno de esos fabulosos coches rojos.

Sus padres lo ignoraron.

—¿Quién es?

Pero ella no lo sabía. Sólo sabía que su nombre era Raffaele, y que siempre recordaría su cara y el calor y la resplandeciente luz junto al mar.

Raffaele, Raffaele, el arcángel.

En el frío y lluvioso Edimburgo, Sophie se limpiaba las lágrimas de los ojos, alejando los recuerdos. No una vez, sino dos veces en ese día la habían devuelto al pasado y no todos los recuerdos eran dulces. Simon había sido primero. Había pasado la mayor parte de la tarde en el Parlamento de Escocia, guiando a un grupo de electores a quienes Hamish Sterling, diputado del Parlamento de Escocia, y su jefe, había invitado a escuchar las Preguntas al primer ministro. Como siempre había regresado a su oficina para encontrarse con varios mensajes, y muchos más e-mails que precisaban todos de respuesta esa misma tarde. Uno de los correos electrónicos era de Simon Beith.

«Una copa en el Atrium al atardecer.»

Por supuesto.

Simon, comisario del Museo de Escocia, era un buen amigo, aunque pretendía, decía, ser mucho más. A Sophie le gustaba mucho, pero desde que había aterrizado en el trabajo de Hamish, los otros hombres habían sido relegados a un segundo lugar. Ella sonrió con arrepentimiento; trabajar para un parlamentario significaba que todo quedaría en segundo lugar. Corrió a ver sus mensajes y se las arregló para llegar al restaurante de moda unos pocos minutos antes de las siete.

Simon ya estaba sentado a una pequeña mesa de madera en el centro del comedor, casi bajo el ángulo superior del techo color crema de tela de tienda de campaña. La llama del candelabro de hierro forjado brillaba en su cara redonda e iluminaba su cabellera clara y escrupulosamente limpia. ¿Simon, se desordenaba alguna vez? ¿Alguna vez su corbata se desataba o llevaba los pantalones sin planchar?

—Te he pedido un vaso grande de vino blanco —dijo él.

Sophie miró a su amigo y sonrió. Él hacía tanto esfuerzo por estar calmado que incluso su cuerpo de complexión fina temblaba por la emoción contenida.

—Perfecto. Vamos, suéltalo.

—Me conoces demasiado bien, Sophie, y no lo suficientemente bien —terminó con una gran sonrisa.

—Dime.

Se inclinó hacia ella con su cara franca llena de entusiasmo y sus ojos azul pálido centelleando con la luz del candelabro.

—Lo he conseguido, Sophie. Tres meses en el Metropolitan Museum de Nueva York.

—Fantástico; qué espléndida oportunidad para ti.

—Sí, tres meses completos en uno de los mejores museos del mundo. Sophie, dices que aún no tienes decididas las vacaciones de verano. ¿Por qué no te vienes conmigo unas semanas? Galerías, museos, salas de concierto.

Ella no buscó sus ojos.

—Suenan como si fuera Edimburgo.

Él frunció el ceño.

—Es Nueva York.

—Estoy tan contenta por ti, Simon. El Metropolitan es posiblemente mi museo favorito.

En su mente tenía una imagen de ángeles de porcelana suspendidos en el aire en torno a un enorme árbol de navidad; ángeles trompetistas de luz alineados en la Plaza Rockefeller y el aire cargado de música.

—Te he tomado por sorpresa. Dime que lo pensarás. ¿Has visitado Nueva York?

—Sí —respondió brevemente. El Avery Fisher Hall. El Carnegie Hall. Música por todas partes, y ángeles—. Y es por eso que no

pasaría mis preciosas dos semanas allí, Simon. Te encantará, y el museo, que por supuesto tiene aire acondicionado; en Nueva York hace mucho calor y bochorno, y no es un buen lugar para unas vacaciones de verano. Para ti será diferente; estarás trabajando y los neoyorquinos son la gente más amistosa del mundo. Enseguida harás amigos. Todavía debo tener algunas guías —se levantó—. Las buscaré para ti.

Aunque había comenzado a llover, decidió ir a su casa andando porque, a esa hora, iba a ser un poco más rápido que volver en autobús, y también porque siempre era una delicia caminar por esa hermosa ciudad. Emprendió su camino por Cambridge Street y después por Castle Terrace. Al final de la calle tenía que girar a la izquierda hacia King's Bridge que cruzaba rápidamente King's Stables Road, en el valle. Ya no había establos, pero el nombre había permanecido durante siglos. Sin duda el ruido de los cascos de los caballos era mucho más musical que el ruido continuo del tráfico de Edimburgo. Sobre ella y bajo la llovizna suave y fría asomaba la enorme mole del antiguo castillo de la ciudad, una imagen que, por alguna razón, siempre consideró tranquilizadora. Siguió por la ladera del castillo, por Johnston Terrace, hasta llegar al Lawnmarket, la zona antigua en la cumbre de la Royal Mile. La calle estaba concurrida como siempre, aunque no tan frenética y colorida como lo había estado hacía unos meses durante el Festival Internacional de las Artes. Atenta a sus tacones, Sophie se dio prisa en pasar la zona de adoquines y volver al pavimento. Se rió. Estaba exactamente en el mismo lugar donde había estado hacía más o menos una hora: justo delante de la entrada de los parlamentarios del nuevo Parlamento de Escocia.

Sus pasos se aceleraron mientras se acercaba a su edificio, un bloque de apartamentos en una de las zonas más antiguas e históricas de la ciudad. Como siempre alzó la vista hacia su ventana para ver los pequeños banderines de las persianas. Desapareció de la vista en el recinto cerrado, pero no continuó hacia el Museo de Escritores o las losas del patio con las citas de escritores escoceses a lo largo de los tiempos. Se volvió hacia la derecha donde estaba la torre con su pesada puerta de roble. Debió de haber tenido un aspecto formidable e inexpugnable, pero su brillante pintura roja le daba un tono alegre. Insertó la primera llave, abrió la puerta, y tras ella dejó afuera el mundo y todos sus problemas. Respiró hondo para tomar aliento, pues por delante tenía cinco tramos de una escalera de caracol de pie-

dra. Había dos apartamentos en cada piso y la mayor parte estaban alquilados por gente dispuesta a pagar un poco más por vivir en una zona tan histórica de la ciudad.

Hoy, por la lluvia, las escaleras estaban húmedas aunque no eran peligrosas. Dijera lo que dijese su madre, las escaleras eran perfectamente seguras. Lo único es que en los días de lluvia estaban húmedas. Dos palomas que habían entrado a escondidas porque algún inquilino había dejado abierta la puerta de la escalera la arrullaban desde la ventana; Sophia intentó eliminar el fastidio de que le hubieran dejado su ofrenda habitual. Esa noche no se ocuparía de ello.

Cuando llegó al último piso ya estaba sujetándose a la barandilla de hierro. La segunda llave abrió la puerta azul con divertidas pequeñas gárgolas de hierro riendo malévolamente hacia abajo, y ya estaba en su descansillo. Desde allí en un día claro podía observar toda la ciudad hasta el gran Firth of Forth y más allá del Kingdom of Fife. En una noche lluviosa como ésa todavía podía recuperar el aliento antes de abrir con la tercera llave la puerta verde que daba al pequeño descansillo privado que compartía su apartamento con los misteriosos ocupantes de al lado.

La puerta de su apartamento era de un cálido marrón oscuro.

Cada vez que Sophie la abría se sentía feliz, estaba en casa, sana y salva en un apartamento que estaba pagando con su propio dinero duramente ganado. Se puso a canturrear mientras se quitaba los zapatos y comenzaba a mirar las cartas que estaban en el suelo embaldosado del pequeño recibidor, y siguió haciéndolo mientras miraba su nevera en busca de inspiración. Medio paquete de queso roquefort, tres o cuatro judías verdes tristemente flácidas y un cartón de zumo de naranja le indicaban que era necesaria una visita al supermercado que no cerraba hasta tarde, pero estaba cansada y quería ducharse, o darse un baño; un baño, eso era, cálido e intenso y lleno de burbujas olorosas. Tomaría un baño y después comería galletas de avena, queso y fruta, una comida perfectamente razonable para una joven trabajadora que había tenido un almuerzo apropiado. La comida de la cafetería de su trabajo era muy buena y puesto que había almorzado con Hamish y sus electores a mediodía, había comido más de lo que solía comer a esa hora.

Estaba intentando decidir si se metería bajo las burbujas, lo que significaba que tendría que lavarse el pelo, cuando escuchó el timbre

del teléfono. Debatíó consigo misma si contestar o no. Estaba demasiado cómoda y relajada y decidió dejar que saltara el contestador. Se metió bajo las burbujas, emergió y escuchó: «Llámame en cuanto lo escuches».

Salió del agua como una erupción del volcán Karakatoa sobre las aguas del Pacífico y, sin toalla, fue a toda prisa hacia el salón. Demasiado tarde. Zoë había colgado. Sophie presionó el botón que marcaba el número de su hermana pequeña en Italia y esperó mientras se conectaba la llamada de larga distancia.

—Hola, Zoë, estaba tomando un baño, recociéndome agradablemente. Espera un segundo mientras me pongo el albornoz. —Puso el aparato sobre la cama y corrió a taparse—. Perdona, ya estoy aquí. ¿Por qué me llamas? ¿Algo especial?

La voz de Zoë sonaba deliberadamente despreocupada, tanto que Sophie podía advertir su emoción.

—Nada demasiado importante, sólo preguntarte si querrías venir a mi boda.

—¡Boda! ¡Zoë, qué maravilloso! ¡Cuéntamelo todo!

Ya no había nada de ligereza frívola en su joven voz.

—Jim. ¿Recuerdas haberme oído hablar de Jim, compañero mío de universidad? Pensamos que no éramos capaces de enfrentar la idea de separarnos así que nos casaremos después de la graduación; sólo me permiten llevar a dos invitados a la ceremonia, pero ¿vendrás a mi boda, verdad?

La boda de Zoë; una encantadora iglesia pequeña en Surrey, por supuesto que iría.

—Claro que iré a tu boda, ¿y qué opinan papá y mamá? ¿Están contentos, sorprendidos, furiosos?

—Todo eso. Creo que pensaban que podríamos comprometernos, pero eso no es suficiente; nunca ha habido nadie más para mí, Sophie, no desde que nos vimos por primera vez. ¿Entiendes?

Sophie estaba llorando suavemente, pero intentaba esconder sus lágrimas.

—Por supuesto que sí. El tema es ¿lo entienden papá y mamá?  
Zoë suspiró.

—Tú los conoces, establecen reglas como instrucciones para conducir. Encontrarás a un hombre agradable en el momento oportuno. Te enamorarás y antes de hacer nada precipitado lo traerás a

casa para que lo conozcamos. Por lo menos es inglés. —Se detuvo y entonces, dado que Sophie no decía nada, continuó rápidamente—. No quería decir eso; sabes lo que quiero decir.

—Por supuesto. —Intentó reírse un poco, pero tenía demasiado frío, a pesar del grueso albornoz, como para reírse.

—Si eso es lo bueno, ¿qué es lo malo?

—Para empezar quiere casarse conmigo y después irse a trabajar a Australia, lo que no lo hará simpático ante nuestra madre. Tiene un contrato de dos años; Australia será nuestra luna de miel.

—Qué fabuloso. Qué inteligente es.

Jim y Zoë estarían a cientos de kilómetros de la ayuda de sus familias, pero también lejos de su influencia.

—Creo que Australia es muy emocionante. ¿Y cómo es la familia de Jim?

—Sólo tiene a su madre, que es muy dulce incluso teniendo en cuenta que mi querido Jim es la luz de su vida, y a su hermana, Penny, que tiene diecisiete y es tan angelicalmente guapa que eclipsará a la novia. Maude, la madre de Jim, piensa que probablemente sea una buena idea comenzar la vida de casados lejos de la familia. Mamá, como puedes imaginar, ya está haciendo una lista de todas las cosas que posiblemente vayan a salir mal. Estaba en la V: vívoras, después de haber pasado por los escorpiones y las serpientes, cuando le dije que tenía que llamarte.

Rieron con el afecto excesivo que se tienen las hermanas.

—Le encanta hacer listas, Zoë, pero dime la fecha. Julio es justo después de tu graduación, y toda la familia estará reunida. ¿Verdad?

—Sí —dijo Zoë rápidamente y Sophie advirtió una punzada de dolor en la inquietud de la joven voz.

—Niña valiente. Incluso vendrá el terrible David —añadió y se sintió aliviada al oír la risa de Zoë.

—Claro. Es mi padrino y es muy simpático... en el fondo.

—Muy, muy en el fondo —dijo Sophie de manera traviesa—. ¿Damas de honor?

—Muchas. Todas mis amigas que puedan hacer el viaje. No quiero que se lo pierda nadie, y tal vez los gemelos. Ann los quiere como pajes.

Ann. Así que se lo había contado primero a Ann. Bueno por qué no. Zoë no tenía problemas con su hermana mayor.

—Son un poco mayores para ponerse de satén blanco.

Zoë se echó a reír.

—¿Cómo sabes que diría «satén blanco»?

—Años de experiencia, querida. Dime la fecha y con toda seguridad tendré uno o días libres.

Zoë no respondió inmediatamente y cuando lo hizo su voz temblaba como si estuviese a punto de llorar.

—Sophie, Sophie, no te enfades, y no me digas que no vendrás. Lo has prometido. Me has dicho: «Por supuesto que iré».

Oh, Zoë, querida hermana pequeña. Ahora estaba fría como un hielo.

—¿Dónde es la boda, Zoë?

—En la Toscana —dijo Zoë y continuó rápidamente—. Tenemos permiso de residencia, Sophie, los dos, así que dicen que nos podemos casar allí, que es mi lugar favorito en el mundo: pasamos todas nuestras vacaciones, nuestra casa, el encuentro con Jim. ¿Lo comprendes?

Sí, lo comprendía, sólo que demasiado bien. La Toscana: colinas encendidas de amapolas, distantes montañas azules coronadas con una deslumbrante nieve blanca, campanas de iglesia que nunca repican las horas sincronizadamente, una siempre unos pocos minutos después de la otra, humo de leña de los olivares y el penetrante sabor de los limones calentados por el sol.

—Lo comprendo, Zoë, pero sabes que no puedo volver a la Toscana, aunque sea para tu boda.

—Por favor, Sophie. —Zoë ahora estaba llorando y el corazón de Sophie se desgarraba por el daño que le había hecho a su hermana pequeña—. Todo lo desagradable ha terminado; ya nadie se acuerda.

—Yo me acuerdo.

—Te quiero mucho, pero no puedo ir a tu boda. Allí hay demasiada fealdad.

Y tanta belleza, pero eso había terminado, pues Rafael no había creído en ella: al final, él no la había querido lo suficiente.

—La gente que cuenta te echa de menos, Sophie: Stella y Giovanni. Me preguntan por ti cada vez que los veo.

—Perdóname Zoë —susurró—. Si fuera en cualquier otra parte del mundo, pero no puedo ir a la Toscana.

• • •

Después se sentó en la silla grande que estaba junto a la ventana y miró hacia fuera sin ver nada. Estaba comenzando a oscurecer y las luces de las calles se habían encendido. En pocas semanas habría luz suficiente como para leer junto a la ventana. Era su época favorita del año, aquellos largos y suaves atardeceres de primavera, ¿o le gustaba más cuando los atardeceres escoceses continuaban hasta la mañana siguiente? No importaba, si se tiene el corazón pesado.

Ese día dos veces había recordado lo que quería olvidar: primero por culpa de Simon y ahora inesperadamente por Zoë. Sophie determinó que debía controlarse. Nueva York le recordaba a Rafael e Italia también. Era una historia común, bastante deprimente. La gente se conocía, se amaba, se casaba, dejaba de amarse y se divorciaba. Pero ¿por qué estaría tan ansiosa por olvidar todos aquellos años? Estaba divorciada pero contenta con su nueva vida. Era tonto intentar cortar cinco años de su vida como si nunca hubieran ocurrido. ¿Rafael?

Sophie se recostó en su silla y deliberadamente enfrentó a sus demonios, a aquellos pequeños e insignificantes demonios. ¿Qué otra cosa, se preguntaba a sí misma, te recuerda a Rafael?

Música, albahaca creciendo en un alféizar, nieve cayendo bajo la luz de la luna, ángeles volando en torno a un gran árbol, sol candente y el olor a melocotones madurados al sol, caminar bajo la lluvia. Todo me lo recuerda.

Era tarde, hora de dormirse si quería ser de utilidad en su trabajo al día siguiente. Se fue a su dormitorio, que era como una imagen de postal de una habitación. La cama había sido especialmente diseñada para que fuera más alta que las camas modernas y estaba situada de manera que sus ocupantes se pudiesen sentar en ella y mirar por la ventana, hacia el patio, la atestada Prince Street y los tejados de New Town, e incluso más allá, hasta el río y, en días despejados, el suave paisaje verde de Fife. Sophie sacó su camisón de los cajones ocultos debajo de la cama, y cuando estuvo lista subió por los pequeños peldaños pintados y se acostó en su lecho de cuento de hadas que nunca compartió con Rafael y recordó la increíble alegría de amar y ser amada.

Zoë amaba a Jim y Jim amaba a Zoë, y Zoë quería que su hermana estuviese allí para compartir el día más feliz de su vida.

Escuchó la campanada de las cuatro en la cercana catedral de St Giles. Sonrió. ¿Qué es lo más importante después de todo? Era im-

portante que no permitiera que nada estropeará el día de la boda de su hermana. Tal vez ir a la Toscana donde tanto había amado y había sido amada le dolería demasiado si todavía amaba a Rafael; los recuerdos podrían ser más vívidos y más dolorosos.

—He cambiado —dijo Sophie en la quietud de su habitación—. Lo primero que haré por la mañana será llamar a Zoë.